

# **La codicia y el aburguesamiento**

Biblicom

[biblicom.org](http://biblicom.org)

---

Debemos dar gracias a Dios por haber inspirado el libro del Eclesiastés, que habla admirablemente de las «vanidades» de este mundo; y también debemos buscar en el Nuevo Testamento las aclaraciones y añadidos que hace a la doctrina de la «vanidad», por ejemplo: «Porque ¿qué aprovechará a un hombre si gana todo el mundo, pero pierde su alma? ¿O qué rescate dará un hombre por su alma?» (Mat. 16:26).

Cuando un hombre, e incluso un cristiano, no vive para Dios, sus deseos son para otra cosa. El décimo mandamiento advertía al israelita contra la codicia, que podía conducir al robo y al adulterio. Pero aparte de estos pecados, la codicia toma muchas otras direcciones. Siempre lleva al hombre a robar a Dios el tiempo, la fuerza, los afectos, los pensamientos y la vida, que, sin embargo, son posesión de Dios por derecho de creación o, para el cristiano, por derecho de redención.

La «codicia» es el arma de seducción de Satanás. Es la raíz del pecado: «Cada uno es tentado, arrastrado y seducido por su propia concupiscencia. Luego la concupiscencia, tras concebir, engendra el pecado» (Sant. 1:14-15). Viene del mundo: «Todo lo que hay en el mundo: los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no procede del Padre, sino del mundo» (1 Juan 2:16).

La descristianización del mundo coincide con la multiplicación de las riquezas terrenales y la exaltación del poder humano. La locura del mundo es que solo ha conseguido construir una sociedad de consumo en la que la multiplicación de las riquezas depende de la sobreexcitación de la codicia. Sabemos cómo los hombres, con inteligencia diabólica, saben movilizar y utilizar comercialmente las pasiones de la carne. Las fortunas se construyen sobre las necesidades y los vicios de los hombres.

Los cristianos deberían estar preservados de esta locura, porque saben que no se puede servir a Dios y al Dinero [1] (véase Mat. 6:24; Lucas 16:13), las riquezas que sirven para satisfacer todas las codicias. Pero esta enseñanza ha “envejecido”, ¿no es verdad? ¿Quién se preocupa hoy por añadir, como nos exhorta Pedro, la virtud a la fe, a la virtud, el conocimiento, antes de enfrentarse al dominio propio y luego a la paciencia para llegar finalmente a la verdadera piedad, al afecto fraternal y al amor, la gran coronación (2 Pe. 1:5-7)?

[1] Mamón

“Dios, ¿nos ha realmente pedido esto, y nos ha encerrado dentro de los límites del santo contentamiento del que Pablo profesaba?” (Fil. 4:11-13) “¿No hay codicias honestas?”.

---

Las iglesias evangélicas conocen este lenguaje. En ellas, como en otras partes, es la crisis del aburguesamiento (adoptar las costumbres y modales de este mundo) lo que lleva a la tibieza, al enfriamiento del amor mutuo, o al menos a la pérdida del primer amor por Cristo.